

La precariedad de la vida.

Buscando tener un mundo mejor los hombres han estado, desde siempre, en una posición de dominio y de servicio. Parece que las oportunidades están a la mano de los más hábiles, osados y observadores y los demás caen en la desgracia de formar parte de la plebe, del común o como se diría: “lo que dejó la ola”.

Desde la época de las pirámides, los esclavos, los galeotes o los obreros de la revolución industrial siempre han debido soportar lo mismo: y ello es la base de la precariedad. Labores extenuantes, peligrosas e invalidantes, fueron necesarias para formar el estilo de vida que hoy conocemos. No hay edificio, obra u hecho histórico que no haya requerido de una gran masa de sacrificio, realizado por hombres que no se habrían de perpetuar.

Mientras en los palacios, en las jefaturas de los templos o de los gobiernos, gracias a las dádivas o impuestos se disfrutaba de buena y contundente comida, calor y festividad, el pueblo debía satisfacer su hambre con lo que encontrara, vivir en el lugar que pudiese y procrear familia en un ambiente de altísimo riesgo.

El servicio militar era y es, por sí, necesario para mantener todo en orden. No ha habido problema económico mundial que no se haya resuelto con una guerra. Y, ¿de dónde salen los soldados? Resultado: menos hombres, nuevas obras y muchas viudas.

Los economistas, aquellos a quienes se les oyó y aceptó teorías sobre nuestro presente y futuro, y que nos encandilaron con una idea de sociedad más igualitaria, se equivocaron y volvemos al mismo mundo de antes: el campo se fue a la ciudad, en la ciudad se vive subsistiendo, sea cual sea el empleo. Vivir en ciudades como Santiago es lo mismo que hacerlo en la antigua Roma, Persia o el mismo Egipto o en las pulperías del desierto.

La creación del concepto dinero no terminó el problema, sólo lo varió. Hoy es lo mismo que el pago en comida o especies como antes. ¿A quién le sirve? Sólo a algunos que han tenido la oportunidad de salir de la marginalidad o que han mejorado sus herencias. El resto, debe vivir en la precariedad de la educación, del sueldo, del trabajo, del hogar, del acceso a la salud, de la jubilación y de la muerte. Como alguien diría: El ser humano es el único ser en la Tierra que debe pagar para vivir.

Estamos tan acostumbrados a ello que lo aceptamos desde el barro en que nos encontramos mientras vamos apiñados en un vagón del metro.